

JORGE ASÍS

PARTES DE INTELIGENCIA

La contaminación I

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

ÍNDICE

Parte primero	9
Parte segundo	53
Parte tercero.....	119
Parte cuarto	181
Parte quinto	217

Para destruir en cuanto sea leído, estrictamente confidencial y secreto, orden de reunión y búsqueda de información, causante Alejandro Vitaca, periodista, 43 años, que vive en un edificio de tres plantas que debe carecer de ascensor (no pudo constatarse), ubicado al 4700 de la calle Honduras, posiblemente la arteria que contenga más sombra en toda la ciudad.

Al salir, Vitaca, que era un tanto paranoico (ver informe psicológico), siempre solía mirar hacia los costados; tal vez se encontraba entonces en condiciones de imaginar que, por ejemplo desde un Peugeot 505, gris, metalizado, estacionado en la misma calle Honduras y a unos cincuenta metros de distancia, con teleobjetivo, sigilosamente lo fotografiaban. La placa se adjuntaría al informe de inteligencia, elevado burocráticamente al Señor 5, y con copias a otros departamentos que derivaban en ineludibles filtraciones. Podía distinguirse al causante en la fotografía: abría, con cierto candor matinal, la puerta de un Citroën del tipo Ami 8, pero del lado del acompañante; a propósito, lo acompañaba —apenas su cabeza de perfil podía notarse en la placa— su última mujer, concubina en realidad, llamada Alicia Fesquet, una psicoanalista cuyos datos se consignan en una ficha aparte.

En abril, el barrio de Palermo Viejo suele convertirse, principalmente por la mañana, también en una especie de placa extraña, infortunadamente aún no descubierta por las agencias de turismo; reluce, con formidable opacidad, el empedrado decimonónico; caen las hojas muertas sobre las veredas, forman una desprolija y amarillenta alfombra sobre el espacio que le hubiera correspondido a la zanja; pueden entonces percibirse los montículos de cadáveres de hojas que vuelan, o se arrastran, pero sin dificultar sobre todo el bullicioso estacionamiento de los autos de los repartidores, ni distraer la tristeza de las

señoras que caminan, vaya a saberse por qué, hacia el Maldonado, ni las alucinaciones de un viejo ciego y legendario que se obstina en evocar otros duelos de la calle Guatemala.

Aspecto habitual de Citroën, de color terracota sucio, número de chapa C-124541. Conduciría ella. En el lapso de dos semanas que demandó la reunión y búsqueda informativa, pudo constatar que el causante prefiere, en lo posible, no conducir automóviles; o tal vez acontece que sospecha la captación, supone entonces ingenuamente que pasa inadvertido mezclado entre la gente, porque camina mucho, u opta por movilizarse en subterráneo o en taxis. En colectivo se lo vio subir, a lo largo de esta orden de reunión, sólo una vez (lo acompañaba el político oponente Abelardo Silva) y porque no conseguían un taxi disponible. Ascendieron al colectivo 7, se entiende que de la línea 7, en Corrientes y Maipú, a eso de las ocho de la noche. Con Silva, el desconcertante nacionalista "rojo" (ver Silva/Abelardo), ideólogo del pequeño partido Vanguardia Nacional y Popular (ver también Gráfico de Contactos de A.V.), férreo oponente y frecuentador de militares nacionalistas que lo escuchan con relativo entusiasmo, el causante se había encontrado en la confitería Richmond, donde platicaron aproximadamente dos horas.

Interpretación del evaluador: sus características incitan a afirmar que al momento de realizarse el presente control, y su respectiva ambientación, el causante se sabía vigilado, o no le sorprendía que lo vigilaran, o actuaba de manera algo esquiva, por las dudas, o para aparentar, por la implícita seducción que proporciona el misterioso placer de sentirse perseguido. Otra observación en apariencia prescindible, pero que puede ser útil a la hora de configurar un cuadro, deriva de su tendencia manifiesta hacia la comodidad. El causante es, en definitiva, un hombre cómodo; no le gusta conducir y prefiere que lo lleven, que le sirvan, que lo inviten. Y probablemente: que reflexionen por él. Su pensamiento entonces puede ser prestado como su ideología, puede hablar

siempre con palabras ajenas, divulgar razonamientos que hace propios o que perfecciona.

Ella, la doctora Fesquet, suele diariamente acercarlo hacia la entrada al subte de la estación de Plaza Italia; lo deja, en general, frente a la seccional de Policía, la 23. Luego de comprar dos o tres diarios, el causante puede entrar —de acuerdo al relevamiento oportunamente efectuado— a la confitería El Galeón. Escoge preferiblemente una mesa de la ventana, desde donde percibe el azul de los patrulleros policiales y el verde festivo del Jardín Botánico. Y es extremadamente dificultoso establecer un control en un bar muy próximo a una comisaría; se trata de un territorio ajeno, Federal, desde los tiempos de la lucha contra la subversión, que los cafés estratégicamente ubicados cerca de una dependencia policial no deben ser trabajados por otras inteligencias, porque son espacios reservados para los “federicos”, jurisdicción propia aunque los comercios sean explotados por eventuales gallegos. Después de todo, el obstáculo de la cercanía no implicaba una fuerte gravedad. Porque en El Galeón, el causante se entrega generalmente a la lectura de los diarios, y los contactos que establece no son de cuidado. Por ejemplo habla de arte con Miguel Werter, crítico de espectáculos de *El Nacional*, hombre excesivamente culto y refinado que probablemente toma a la política como una contingencia menor; o puede saludar circunstancialmente a José Crespo (ver Graf. de Cont.), activista del ala contestataria del liberalismo, y dirigente del partido de Alsogaray, la UCD, agrupación a la que el causante también tiene llegada, por varias vías. En El Galeón, por otra parte, el causante también se dedica a mirar, un tanto tramposamente, y con cierta delectación, a las muchachas que practican el esteticismo corporal, y que asisten a distintos tipos de sesiones de gimnasia [sensual], en un instituto cercano a la confitería (ver cuadro de vulnerabilidades).

Sin embargo, aquella mañana de otoño (la de la fotografía que se adjunta), la doctora Fesquet no dejó al causante en Santa Fe y Gurruchaga. Lo dejó, en cambio, en

Santa Fe y Canning. Prudentemente, el Peugeot gris, metalizado, iba detrás. Y cuando el objetivo salió del Ami, en Canning, el Peugeot se detuvo frente al cine Gran Norte, sobre Santa Fe. Del Peugeot salió un elemento de los propios medios (en adelante: PM) que colaboraron en la reunión y búsqueda, mientras otro PM, desde el móvil, intentaba fotografiar al causante pero sin suerte, porque lo impidió un colectivo de la línea 68 que se interpuso para levantar pasajeros, razón por la cual no se adjunta la placa.

El causante se despidió de la psicóloga con un beso presumible, para cruzar después, de inmediato, Canning, pero seguido ahora por un PM; lo caminaba ansiosamente el PM en la nublada mañana de otoño, ideal tal vez para persecuciones mejores, miniserias ejemplares; el duro era un héroe anónimo de la inteligencia nacional, y caminaba a su causante de turno inmerso en un apasionante impermeable beige, pobrecito, merecía una novela mejor pero en esta historia apenas quedaría como un extra, haría un triste bolo a pesar de haberse capacitado para miniserias sobre espionaje, internacional y con agentes dobles, con enigmas y puñetazos, y con suspenso debidamente matizado por la publicidad que enriquecía a Pratto. Un PM probablemente curtido en el fragor de la calle, que reventó *subversos* y gastó horas innumerables en el huevo de 25 de Mayo 11, que ni pasó nunca por la puerta de la Escuela Nacional de Inteligencia de la calle Libertad, un cuadro estructurado a la exacta medida de los grandes peligros, y no para la puerilidad de vigilar los pasos de un causante muy menor al que llamaban el Negro, periodista de apariencia inofensiva que lanzaba en sus artículos una información inquietante, buena y mala, mezclada, pero cuyas fuentes se debían, como fuera, detectar. Lo del "como fuera" era, en realidad, un desliz caprichoso del lenguaje, un atributo ficcional o una exageración, porque la impunidad de la violencia había quedado provisoriamente atrás. Ahora había que cuidar las formas, los métodos debían ser distintos, repentinamente nos habíamos vuelto todos éticos

y democráticos; lo significativo era que no cabía momentáneamente la posibilidad de una boleta, no había plafond para el menor apriete corporal, era la instancia del estado de derecho y de la plenitud de la democracia providencial que se debía respetar, y cuidar, un discurso que servía para ser aplicado en todas partes. Y los cambios, o la transición, como la llamaba El Providencial, se sentían con una intensidad inusual en el ambiente de los pesados de la inteligencia, que al final se había convertido en un oficio casi de señoritas. Ahora por pesado podía pasar cualquier gil, aparecía un chico de la Coordinadora y hablaba como si fuera un especialista. Y por supuesto que los cuadros hechos a la medida de la impunidad añoraban melancólicamente la época de los festivales, tan cercana como superada. Porque hasta hacía muy poco, si querían conocer las fuentes de información de cualquier causante, bastaba con detenerlo, por derecha o por izquierda, de últimas ablandarlo con algunas trompadas, un par de cables y se acabó, solito el hombre iba a recitar más de lo que se le pidiera, la *poliéster* era muy eficaz. Una pena entonces que hubiera desaparecido el recurso de la poliéster, como llamábamos a la capucha. Pero aprender a esperar es también una máxima virtud en el oficio.

Además, la comparación con la instancia de los festivales era apenas una forzada frivolidad, porque, en aquellos años que extrañaban fervientemente los propios medios, era casi imposible que algún periodista lanzara información inquietante, que irritara. Las probables fuentes, entonces, callaban; o hablaban con la felicidad de saber que su ocasional interlocutor de prensa no iba a publicar una palabra; era el reinado del *off the record*, había que saber y callar, guardársela. Aquél sí que era un periodismo conveniente, porque se dictaba; si en realidad ningún gobierno, democrático o de facto, jamás terminó de tolerar ni siquiera la idea, aunque fuera remota, de tener prensa adversaria. Como escribió el causante en su columna de *Corpus*: “de libertad de expresión hablando y medios para el oficialismo comprando” (sic). O